Oscar y Chela.

A 38 años de ser padres.

Elsa Lever M.

ace poco, durante una charla de café, me dijeron que era afortunada y debería estar agradecida por tener a mis padres aún con vida.

además Dios les ha dado salud y una gran fortaleza física y espiritual para ver, hasta la fecha, por cada uno de sus hijos e hijas... y nietos y nietas.

Y vino a mi mente mi padre, don
Oscar. Hombre duro y fuerte como un roble, pero a la vez protector y noble. Y
con los años, ya más vulnerable. Forjó su
vida a base de golpes, literalmente y en
sentido figurado. Su inteligencia, vigor y
perspicacia lo llevaron a cumplir con sus
metas, una a una. Fue taxista, vendedor, obrero...

Estudió la carrera ya teniendo a los primeros hijos, hasta graduarse: ingeniero petrolero. Consiguió un buen empleo que pronto dio frutos. Explotó su propia inteligencia y aprovechó las oportunidades. Ascendió y ello fue procurando poco a poco el bienestar económico, social y cultural de la familia. Por eso ha luchado por inculcarnos hábitos que nos permitan triunfar. La puntualidad, la responsabilidad, la sinceridad, la constancia. Pero también por ello, los problemas. Porque pensamos que él quería que fuéramos su réplica, cuando lo que deseaba era que aprovecháramos lo que él logró para ahorrarnos camino, para evitarnos baches.

No acostumbra mostrar debilidad, pero sé que aún le preocupamos todos. Sobre todo le preocupan sus errores, porque mis hermanos se encargan de recordárselos, como si su obligación hubiera sido ser perfecto. No lo ha sido pero sí en cambio, ha sido un magnífico padre. Y eso es más que suficiente.



Ahora, es pensionado, tiene una diabetes que parece no hacerle nada; se dedica a sus pájaros, a la bebida, a los peces, a ganar desde su sillón lo que no ganan otros en la televisión y a seguir viendo por cada uno de nosotros. Mi buen padre...

Otra taza de café y, por supuesto, pensé en mi madre, doña Chela. La parte opuesta, el otro lado de la balanza. Sensible, amable, sacrificada y de ojos brillosos como si las lágrimas habitaran permanentemente en ellos o estuvieran a punto de salir. Regañó en su momento, siempre por alguna razón. Siempre el consejo oportuno y el que consuela, la mano que cura, la dispuesta a dar su vida por la de cualquiera de nosotros. Repartió todo en las mismas proporciones: la comida, cuendo escaseó; los castigos, a unos por hacer y a otros por provocar; el cariño, aunque algunos hermanos "crean" que no, también fue por igual, y la atención, según las necesidades de cada quien.

Ella siempre ha sido bonita, alegre. Sabe ganarse a la gente porque es de buen corazón, sin máscaras, de buena vibra. Cocina como nin-

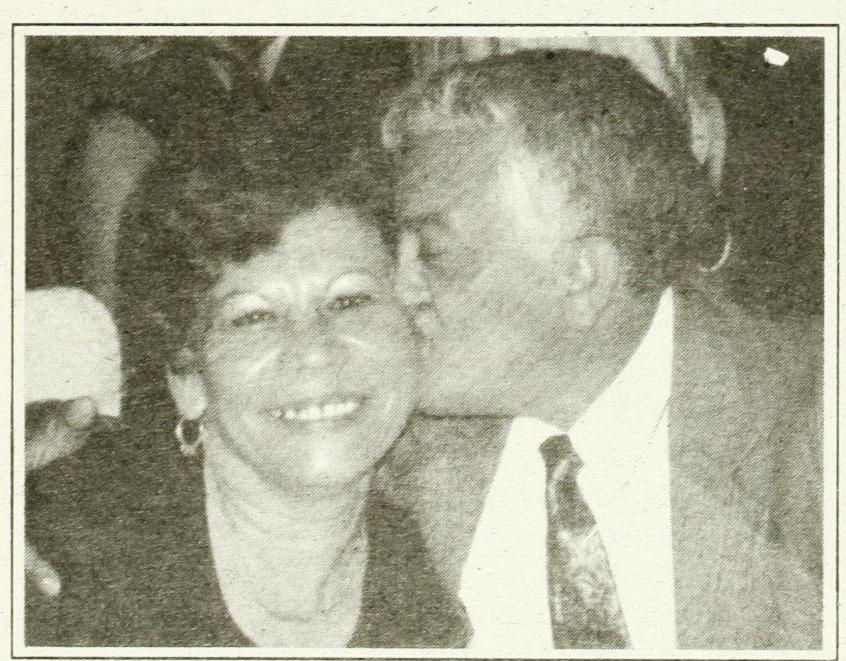
guno de nosotros ha aprendido a hacerlo y sus manos han tejido la suficiente ropa para vestirnos a todos, con todo y nietos.

Doña Chela es una mujer que no puede estar sin hacer nada. Ya vende ropa, zapatos, se reúne con las amigas, baila danzas folclóricas... También le costó penas ver por nosotros. Alejada de su propia familia tuvo que enseñarse a salir adelante sola, con sus hijos y su marido, nada más. No pudo correr con su madre a contarle sus tristezas con la facilidad con que algunos de nosotros lo hacemos con ella.

Mi madre... Ahora quiere hacer su negocio vendiendo tamales y pozole. Por fin está convidándole al mundo de su don maravilloso para la cocina. No deja de maquinar algo qué hacer, y sólo espera cada año la oportunidad de irse a Las Vegas... aunque no gane. Creo que sería completamente feliz si los hijos no siguiéramos dándole preocupaciones o empeñados en castigarla. ¿Castigarla por qué? Es algo que quisiera preguntarles a mis hermanos.

Al seguir la charla y el café, también traje a mi mente a mis hermanos y hermanas. Todos con pareja e hijos, buenas personas, sólo que con muchos rencores anidados por los errores paternos y maternos cometidos, y algunos otros imaginarios, que sólo habitan en sus cabecitas y corazones llenos de celos y egoísmos.

Quizás por ser la penúltima me ha tocado ver el desfile de experiencias. Me ha tocado observar y escuchar las quejas, las lágrimas de los padres, de los hermanos. Yo los he visto llorar por cada uno de ellos y alegrárse también cuando les va bien. Aunque últimamente reproches es lo único que han recibido por parte de mis hermanos. Y es que parece que no recuerdan, que tienen amnesia. Se concentran en



aquel lejano regaño, en la mínima estupidez. ¿Acaso ellos han sido perfectos con sus hijos? Tal vez lo crean. ¿No se sienten contentos ni afortunados de aún tener a los padres vivos? ¿Y si necesitan dinero? ¿Quién va a videograbar el cumpleaños, el desfile del niño, la niña? ¿Y si quieren comprar casa? ¿Carro? ¿Quiénes les ayudan? ¿Quiénes se echan las deudas encima? ¿Quiénes nos pueden explicar lo que aún con más de 30 años no entendemos?

A cambio, se enojan si por alguna razón les niegan en ese momento ayuda económica; si los nietos "parece" que los quieren más a ellos que a los propios padres (¡Cómo no quererlos si "parece" que estaban criando otra vez!); si por una vez no quisieron o no pudieron recorrer kilómetros hasta ellos por cansancio o por otro compromiso; si lo único que hicieron fue tratar de apoyarnos y enseñarnos a ser independientes...

Otro café y el último. Por eso es cierto. Hay que agradecer que están aquí. Que aún no son lo que ambos temen, que es ser una carga, estar enfermos, ser prisioneros del hospital. Oscar y Chela todavía están en pie, mi padre incluso más fuerte que yo, mi madre con sueños, metas y actividades a cien por hora en su mente y en la acción. Porque aún con tanto dolor causado en ellos parece que están empeñados en amarnos. ¿Por qué se alegran tanto los padres de traernos al mundo si, finalmente, les vamos a destrozar el corazón con el puñal de la ingratitud?

Esta reflexión es para mis hermanos y hermanas, con todo el amor que una hija y una hermana puede ofrecer. Silvia, Martha, Oscar, Eduardo, déjense de tonterías ya. No vivan como adolescentes toda su vida y den paso ya a

un amor adulto hacia nuestros padres y entre nosotros mismos. Debemos darles las gracias de haber dedicado gran parte de sus vidas a nosotros como ustedes se la están dedicando a sus hijos e hijas. Enorgullézcanse de descender de dos magníficas personas que nunca nos han dejado solos. Y ojalá que lo que resta de sus vidas (que espero aún sean muchos años) estén rodeados de amor y agradecimiento de nuestra parte. ¿Por qué no transforman esa queja y el reproche fácil en un beso y una bendición? Abrácenlos, bésenlos, tóquenlos, aprovechen que todavía pueden devolverles la caricia, la mirada, el beso. Después hermanos, quién sabe... Don Oscar, doña Chela, que Dios los bendiga por tanto amor. Form,